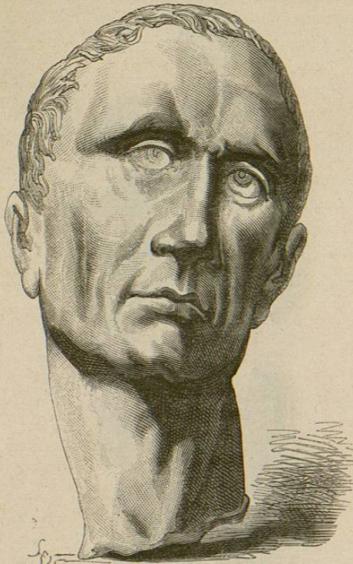


el privilegio de volver á su casa en silla curul siempre que cenaba á mesa extraña.

Mientras Cornificio hacía esta hábil retirada operando felizmente su reunión con otras tres legiones enviadas á su encuentro, se apoderaba Agripa de Tindaris, excelente posición, desde donde por una parte daba la mano á Lépido, dueño en fin de Lilibea, y por otra amenazaba á Mesina.

Acercábase pues el desenlace: Octavio descendió otra vez á Sicilia con el resto de sus tropas en una masa de veintiuna legiones, veinte mil caballos y cinco mil arqueros y honderos, que se reunieron entre Miles y Tindaris, adonde Lépido había llegado. Pompeyo ocupaba fuertemente



El triunviro Lépido (1)

el ángulo N. E. de Sicilia, desde Miles á Tauromenio, con Mesina por cuartel general, y había fortificado todos los desfiladeros que daban paso á este inmenso campo atrincherado.

Un movimiento de Agripa le hizo creer que la flota contraria se iba á más andar sobre el cabo Peloro, y abandonó sus puestos del Oeste, que luego al punto ocupó Octavio, pudiendo ya los triunviro iniciar su movimiento sobre Mesina. Amenazado en su albergue por dos formidables ejércitos, rehusó Pompeyo combatir por tierra; pero debía apresurarse á dar un golpe decisivo, por cuanto el dinero y los víveres le faltaban, y se decidió á probar fortuna en el elemento que hasta entonces lo había protegido.

Cada flota constaba de trescientas quillas, y el choque ocurrió entre Miles y Nauloca á vista de los dos ejércitos formados en batalla á la orilla de la mar (3 set. 36). El combate fué empeñado y mortífero, y el éxito estuvo indeciso mucho tiempo. Agripa, como el primer cónsul que venció á los cartagineses por mar, había armado de arpones sus navíos para agarrar y detener los barcos enemigos, más rápidos que los suyos, y obligarlos á recibir el aborda-

(1) Busto de bronce encontrado en Montmartre en 1787, en las ruinas de una antigua fundición (Gabinete de Francia, n.º 3120 del Catálogo).

je (1). Cuando Sexto vió inclinarse la victoria á la flota octaviana, apagó el fanal de su almiranta, arrojó al mar su anillo y sus insignias de mando y emprendió la fuga con diez y siete barcos.

Mesina se hallaba en estado de sostener un largo sitio y Pompeyo tenía aún dos ejércitos en la isla, uno cerca de Lilibea y otro hacia Nauloca, y los abandonó. Verdadero jefe de piratas, desembarcó un momento en la costa del Brucio para entrar al pillaje el templo de Juno Lacinia, y desde allí hizo rumbo en demanda del Asia, con el designio de reclamar de Antonio el precio del servicio que en la guerra de Perugia había prestado á su madre. Supo en Lesbos el desgraciado éxito de la expedición contra los partos, y creyó la ocasión favorable para levantar otra vez su fortuna á costa de la vacilante del dueño del Asia. Tomó fácilmente muchas ciudades; pero las negociaciones emprendidas con los reyes del Ponto y de los partos hicieron que lo abandonaran sus amigos, incluso su mismo suegro Escribonio Libo. Obligado á entregarse él mismo algún tiempo después, fué degollado en Mileto por un oficial de Antonio (35).

Las ocho legiones que había abandonado, se reunieron en Mesina, que Lépido sitió; pero sus jefes sólo esperaban ocasión de tratar, y llegada, pidieron al triunviro, para pasarse á sus filas, el pillaje de la misma ciudad que les había dado asilo. A pesar de la oposición del noble Agripa, Lépido consintió, y durante toda una noche la desdichada ciudad sufrió todos los atropellos y horrores del saqueo, hecho por sus defensores y por sus enemigos. Lépido se halló entonces al frente de veinte legiones, y creyó que con tales fuerzas le sería fácil crearse una posición más alta que la que se le había concedido desde el principio del triunvirato.

Y efectivamente, en una conferencia con Octavio, habló altivamente y pretendió que se añadiera la Sicilia á su gobierno. Octavio le echó en cara su calculada lentitud, sus secretas negociaciones con Sexto Pompeyo, y se separaron dispuestos á comenzar otra guerra civil.

Octavio sabía muy bien cuán poco estimaban las tropas á su rival, y tuvo la audacia de presentarse en su campamento sin armas y sin escolta: ya los estaba arengando, cuando acudiendo Lépido con algunos soldados afectos á su persona, lo expulsó á flechazos. Pero la fidelidad estaba ya quebrantada, y muchas legiones de Lépido se pasaron á las filas de Octavio, cuando éste se acercó á la cabeza de su ejército, habiendo corrido aquél grave peligro, cuando quiso oponerse á la desertión que venía á ser general. Pero por más que hizo, se vió obligado al fin á postrarse á los pies de su antiguo colega y á pedirle humilde y bajamente perdón.

Era Octavio demasiado fuerte para ser ya cruel, y lo relegó á Circei, dejándole sus bienes y su dignidad de pontífice máximo. Lépido vivió allí veintitrés años.

«Era Lépido, dice Montesquieu, el peor de los ciudadanos que hubiera en la república y se siente cierta complacencia viendo al fin su humillación. Carecía de talento y de energía, y por lo mismo únicamente debió á las circunstancias el importante puesto que ocupara en la cúspide del gobierno. Bien es verdad que no parece sino que la fortuna se complació en elevarlo tan alto para que fuera mayor y más ruidosa su caída.»

(2) El arpón de Agripa era una pértiga de madera de 5 codos guarnecida de hierro y terminada á un extremo por un garfio de hierro y al otro por una anilla con un cable, de que tiraba una máquina, cuando arrojado el arpón por una catapulta, había enganchado un barco enemigo (Ap. Bell. civ. V, 118).

CAPÍTULO LXI

EL DUUNVIRATO DE OCTAVIO Y DE ANTONIO (36-30)

I. — PRUDENTE ADMINISTRACIÓN DE OCTAVIO. — REVESES Y LOCURAS DE ANTONIO EN EL ORIENTE (36-33)

El problema de los futuros destinos de la república iba simplificándose. Antes había partidos, el pueblo, el senado, los nobles, los ambiciosos grandes ó pequeños: por encima de este caos de intrigas, se levantaron tres hombres, luego dos, después uno solo. Muerto éste, volvió á reinar la anarquía, y otros tres hombres recogieron el poder para renovar la prueba que había fracasado. Ya no quedan más que dos hombres de este segundo triunvirato, como diez y siete años antes; pero ¡cuántos progresos no han hecho las ideas monárquicas! En tiempo del triunvirato de César y Pompeyo vivían aún Bruto, Catón, Cicerón. Aquellos ilustres varones no existen ya, y el pueblo y el senado han abdicado sin esperanza y pudiera decirse sin pesar. Antonio es dueño del Oriente, Octavio del Occidente y reinan los dos hasta tanto que el uno se sobreponga al otro.

Desde la deposición de Lépido, tenía Octavio cuarenta y cinco legiones, veinticinco mil caballos, cerca de cuarenta mil hombres de tropas ligeras y seiscientos quillas en la mar. Pero el día siguiente de la victoria es más temible que el del combate para los caudillos revolucionarios. Conociendo su fuerza los soldados exigieron imperiosamente las mismas condiciones ó recompensas ofrecidas después de la batalla de Filipos: Octavio les ofreció coronas y armas de honor; á los tribunos y centuriones, la toga pretexta y las senaduras de sus ciudades respectivas. «Todas esas cosas no son sino juegos de niños, hubo de contestar el tribuno Ofilio; dinero y tierras es lo que importa á un soldado.» Octavio no se dió por ofendido, al parecer, de esta libertad; pero aquella misma noche desapareció el tribuno.

Fuera de esto, distribuyó veinte mil licencias y gratificaciones, para las cuales Sicilia sola suministró 1600 talentos, recibiendo cada soldado 500 dracmas. Después de haber arreglado la administración de Sicilia y enviado al Africa á Estatilio Tauro á tomar posesión de esta provincia, volvió á Roma el joven César: el senado lo recibió á las puertas de la ciudad, y el pueblo, que veía renacer de pronto la abundancia, lo acompañó al Capitolio, coronado de flores. Había empeño en colmarlo de honores; pero comenzando ya Octavio á desempeñar su simpático papel de abnegación y modestia, no aceptó más que la inmunidad tribunicia, la ovación y una estatua de oro. Se propuso también conferirle la alta dignidad de pontífice máximo, de que sería despojado Lépido; pero Octavio se opuso para no violar la ley que declaraba vitalicia esta magistratura religiosa.

César se perdió manifestando sin reserva su desprecio á esas hipocresías políticas que dan vida á los muertos; Octavio aceptó, como todos, la mentira aun amada, que la república sufría. El segundo consulado había venido á ser por un plebiscito una magistratura legal, á diferencia del primero, que sólo había sido una asociación secreta de tres hombres poderosos. De esta legalidad pues se mostró Octavio escrupuloso observador. Antes de entrar en la ciudad, fuera del pomerio, porque un imperator no podía arengar en el foro, había leído un discurso, dando al pueblo cuenta de

todos sus actos y copias de su discurso. En él invocaba la necesidad como excusa de las proscripciones, prometía para el porvenir la paz y la clemencia, y en prueba de su moderación hizo quemar públicamente las cartas escritas á Sexto Pompeyo por muchos magnates de Roma. Para mostrar que únicamente las necesidades de la guerra, y de ninguna manera un espíritu de rapacidad, le habían obligado á excesivas exacciones, suprimió muchos impuestos é hizo á los dueños del Estado y á los publicanos una rebaja de sus atrasos con el tesoro. Finalmente declaró que haría dimisión de sus poderes, luego que Antonio hubiera terminado la guerra contra los partos.

Entre tanto devolvió á las magistraturas urbanas sus antiguas atribuciones, á fin de que no pudiera dudarse de la sinceridad de sus promesas y no quiso al pie de su estatua más inscripción que esta: «Por haber restablecido la paz en tierra y mar, á costa de grandes fatigas.»

Y era verídica, porque su enérgica administración lo reponía todo en su lugar en la península: Sabino arrojaba de ella á los bandidos; los esclavos que á favor de las turbaciones públicas se habían escapado, volvían de grado ó por fuerza á poder de sus antiguos señores; muchas cohortes de guardia nocturna que organizó con muy buen consejo perseguían en las calles de Roma á los malhechores, y en menos de un año, la seguridad perdida desde antigua fecha, reapareció en la ciudad y hasta en los campos. En una palabra, Roma estaba ya gobernada. En lugar de magistrados que sólo se sirvieran de su autoridad en interés de su ambición y de su hacienda como antes, tenía ya una administración vigilante que se preocupaba del bienestar y de la seguridad de los habitantes.

Así pues las ciudades de Italia preservadas del hambre por su victoria y restituídas al reposo por el orden establecido en todo, bendecían la benéfica autoridad de Octavio, cuya imagen colocaban ya algunas entre las estatuas de sus dioses protectores.

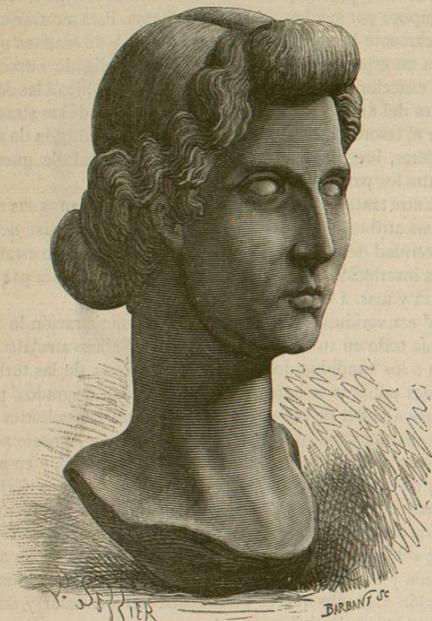
Después del tratado de Brindis, había permanecido Antonio en Atenas al lado de Octavia, velando á la vez, en medio de las fiestas, sobre los acontecimientos de Italia y los negocios de Oriente. Los partos eran poco temibles, fuera de sus inmensas llanuras: en el accidentado suelo de la Asiria y del Asia Menor, su caballería no había podido hacer frente á la infantería romana y los tenientes de Antonio habían obtenido en todas partes la victoria. Sosio los había expulsado de la Siria; Canidio, vencedor de los armenios y de las gentes de la Albania y de la Iberia, aliados suyos, había llevado sus victoriosos estandartes hasta el pie del Cáucaso. Pero los más brillantes hechos de armas pertenecían á Ventidio, aquel asculano que en la guerra social, había conducido cautivo tras su carro triunfal Pompeyo Estrabón, padre del gran Pompeyo. Batió en Cilicia á los partos y al tránsfuga Labieno, el cual murió en la jornada; otro ejército pártico tuvo la misma suerte; su jefe Pacoro quedó también en el campo de batalla y los partos tuvieron que huir hasta más allá de las fronteras del imperio.

Ventidio no se atrevió, sin embargo, á perseguirlos temiendo acaso excitar los celos de su jefe; mas para cerrarles

el camino del Asia Menor, se detuvo en el sitio de la plaza fuerte de Samosata, en Comágene, cuyo rey Antiocho había abierto paso á los partos.

En celebrad de estas victorias, dió Antonio en Atenas juegos magníficos, presentándose en ellos con los atributos de Hércules. Los atenienses, que habían agotado ya con él toda clase de adulaciones, no supieron ya inventar otra lisonja que la de ofrecerle, en tales fiestas, la mano de Minerva, su diosa protectora. Antonio se dió buena prisa en aceptar el honor, cuanto más que exigió una dote digna de su divina novia, 1000 talentos.

«Cuando tu padre, el poderoso Júpiter, se casó con tu



Octavia (1)

madre Sémele, contestaron los malhadados atenienses cogidos en sus propias redes, no exigió cosa de dote.

— ¡Oh! replicó Antonio de buen humor, Júpiter era rico, y yo soy pobre.»

Sin embargo, despertando de su fatal letargo al ruido de las batallas y triunfos de sus tenientes, se mostró momentáneamente en Asia y fué al sitio de Samosata, cuya dirección quitó á Ventidio, enviándolo á triunfar á Roma. Antiocho le había ofrecido á su llegada mil talentos como rescate de la ciudad, pero el triunfiro se dió al fin por bien pagado con trescientos y volvió otra vez á Atenas, dejando á Sosio en Siria.

Los judíos dieron mucho qué hacer á este general. El agente de todas las turbulencias en este reinezuelo era el ministro de Hircán, el idumeo Antipater, que, nombrado por César procurador de la Judea y sostenido por su hijo Herodes, tetrarca de Galilea, había concebido el proyecto de usurpar el trono á la familia de los Macabeos. Los partos lo expulsaron y sustituyeron al débil Hircán con su sobrino Antígono; pero acogiéndose Herodes á Roma, ganó

(1) Busto de bronce encontrado en Lyon y conservado en el museo del Louvre (Longperier, *Noticia de los bronces antiguos*, etc., número 639).

el favor de Antonio, el cual hizo que el senado lo reconociera por rey de los judíos para oponerlo al protegido de los partos. Encargado Sosio de sostener al nuevo rey, tomó por asalto á Jerusalén, y arrastrado cautivo á Antioquia el último representante de la heroica familia de los Macabeos, fué primero azotado y luego degollado. Con esto, tomó Herodes sin obstáculo posesión del trono, en el cual creyó asegurarse casándose con Mariamne, heredera de la dinastía ya extinguida (37).

Al salir de Tarento por la última vez, dejó Antonio en Italia á Octavia y sus hijos (36). Iba decidido á tomar por sí mismo la dirección de la guerra contra los partos; pero apenas hubo tocado el suelo del Asia, cuando su pasión por Cleopatra se despertó en su alma con más violencia que nunca. La hizo pasar á Laodicea, reconoció á los hijos que había tenido de ella, Alejandro y Cleopatra, y dió al primero el título de rey de los reyes, como si le reservara por herencia los reinos que iba á conquistar.

Los enemigos de Roma no debían ser los únicos que pagaran su generosidad. Fiel á la política inmutable de todos los soberanos inteligentes de Egipto, Cleopatra hizo agregar á su reino lo que los Faraones y los Tolomeos, los árabes y los mamelucos, Bonaparte y Mehemet-Alí codiciaron siempre, la Fenicia, la Celesiria, Chipre con parte de la Judea y de la Arabia, y toda la Cilicia Traquea, que suministraba los cedros del Tauro explotados para la marina, es decir casi todo el litoral del Nilo al Asia Menor. Estos países eran en su mayor parte provincias romanas. Pero ¿acaso había aún Roma, senado, leyes ni nada más que el capricho del omnipotente triunfiro?

Antonio tenía entonces trece legiones, que daban un efectivo de sesenta mil hombres, diez mil jinetes y treinta mil auxiliares, en su mayor parte suministrados por el armenio Artavasdes, enemigo de otro Artavasdes, rey de la Media Atropátene. El Asia tembló al ruido de estos preparativos, y hasta en la Bactriana y hasta en la India se hablaba del inmenso ejército de los guerreros del Occidente. ¡Y la división reinaba entre sus enemigos! Una nueva revolución había ensangrentado el trono de Tesifonte: al saber la muerte de su hijo Pacoro, cayó Orodes en profundo abatimiento y designó á Frahates por sucesor suyo en el reino; y ansioso de reinar éste dió muerte á su padre y á todos sus hermanos. Muchos magnates amenazados por él, huyeron de su alcance, y renovando Antonio en favor del más considerable de ellos, Moneses, la generosidad de Artajerjes con Temistocles, le dió tres ciudades para que pasara la vida.

Del monte Ararat, punto culminante de la Armenia, descienden dos cadenas de montañas que envuelven la inmensa cuenca por donde corren el Tigris y el Eufrates: la una cubre con sus alturas la Siria y la Palestina, y la otra, la Media, la Susiana y la Persia. De la primera se desprende al Norte el Tauro, que se prolonga hasta el extremo del Asia Menor; y de la segunda, las montañas que forman al Este la orilla meridional del mar Caspio. Para llegar á Tesifonte, situada á orillas del Tigris, había pues dos caminos: uno más corto que atravesaba las áridas llanuras de la Mesopotamia, y fué el de la perdición de Craso; otro más largo, por las montañas de la Armenia y de la Media Atropátene, rodeaba aquellos abrasadores desiertos y llevaba á la infantería romana por un terreno favorable á su táctica, hacia Ecbatana y Tesifonte, en el corazón mismo del imperio.

Este camino fué el que eligió Antonio. La estación estaba ya muy adelantada, cuando entró en campaña: hubiera debido tomar cuarteles de invierno en Armenia para que descansaran sus tropas, después de una fatigosa marcha de 8,000 estadios, y en los primeros días de la primavera, an-

tes de que los partos hubieran dejado sus acantonamientos, haber hecho la conquista de la Media; pero aguijado por el deseo de volver cuanto antes á los brazos de Cleopatra, continuó avanzando para acabar así más pronto la guerra.

Trescientos carros llevaban todas sus máquinas de guerra y entre ellas un ariete de ochenta pies de longitud. Entrenido por esta pesada impedimenta, se decidió en mal hora Antonio á dejarla atrás, bien que con la escolta de una división, y penetró hasta Frahata, á poca distancia del mar Caspio. A destiempo reconoció la falta que había cometido en abandonar sus ingenios, viendo fracasar todos sus ataques contra esta plaza; y subió de punto su despecho al saber que Frahates había sorprendido el cuerpo que guardaba el convoy, pasado al filo de la espada diez mil hombres y quemado todo el material. Desalentado Artavasdes por este descalabro se retiró con sus armenios.

Para levantar el ánimo de sus tropas, Antonio al frente de diez legiones fué á buscar al enemigo, y encontrándolo á una jornada de su campamento, lo puso en fuga y lo persiguió buen trecho. Pero cuando de vuelta al campo de batalla, sólo encontraron en él los legionarios treinta muertos, la victoria que poco antes creían tan grande, les pareció ahora una escaramuza apenas, y comparando tan flaco resultado con el recio esfuerzo que les había costado, cayeron en mayor desaliento.

El día siguiente, en efecto, volvió á presentarse el enemigo no menos insultante y audaz que la víspera. Durante esta jornada, hubo de traer el espanto al campo romano súbita é impetuosa salida de los sitiados y huyeron las tres legiones que quedaran en las líneas. A su vuelta, Antonio las diezmó en su grande enojo.

Acercábase el invierno; y si era de temer para los romanos, que ya carecían de víveres, Frahates temía no poder retener bajo la tienda á sus partos durante los fríos. Con esto, hizo proposiciones que Antonio se apresuró á aceptar: las legiones debían levantar el sitio, y el rey, por su parte, se comprometía á no molestarlas en su retirada.

En efecto, por espacio de dos días la marcha fué tranquila; pero el tercero, atacaron los partos en un paraje que creyeron favorable. A dicha, había prevenido al triunfiro un marso, prisionero de ellos, y con este aviso, las legiones esperaron en orden de batalla y fué rechazado el enemigo. Los cuatro días siguientes fueron como los primeros; pero el sétimo volvieron á presentarse los partos. Las legiones estaban formadas en cuadro y las tropas ligeras diseminadas sobre las alas y á retaguardia tenían al enemigo á respetuosa distancia. Por desgracia, el tribuno Gallo, después de haberlo rechazado algunas veces, se obstinó en conservar una posición y fué cercado: tres mil hombres había perdido ya, cuando se le pudo llevar socorro y desembarazarlo.

Desde entonces, animados por el éxito los partos, volvieron á la carga todas las mañanas y las legiones no podían avanzar, sino combatiendo. En el peligro, volvió Antonio á encontrar las cualidades que le habían valido en otro tiempo el amor de las tropas: bravo é infatigable, animaba con su ejemplo durante la acción el valor de los soldados, y por la noche, recorría las tiendas, prodigando á los heridos socorros y consuelos. «¡Oh retirada de los *Dies Mil!*» exclamaba más de una vez pensando con admiración en el dichoso valor de los compañeros de Jenofonte.

Por fin, al cabo de veintisiete días de marcha, durante los cuales habían sostenido diez y ocho combates, alcanzaron las fronteras de la Armenia, á orillas del Araxes, cuya margen besaron como el náufrago besa la tierra adonde la

tempestad lo arroja. El camino que habían seguido desde Frahata, quedó marcado por los cadáveres de veinticuatro mil legionarios.

Si el rey de Armenia no hubiera abandonado tan pronto el campo romano, habría sido menos desastrosa la retirada, porque sus seis mil jinetes hubieran permitido aprovechar las ventajas de los combates. Sin embargo, Antonio no le dirigió ninguna reconvencción, y aplazó su venganza para no verse obligado á retardar su vuelta al lado de Cleopatra.

En efecto, á pesar de las inclemencias de un riguroso invierno precipitó su marcha, y aun perdió ocho mil hombres más; hasta que por fin llegó á la costa de Siria entre Berito y Sidón, adonde acudió Cleopatra con ropas, víveres y presentes para los oficiales y soldados. Una ocasión se le presentó aquí para reparar su derrota: Frahates y el rey de los medos hubieron de contender á causa del re-



Orodes (Arsaces XIV)

Frahates IV (Arsaces XV) (1)

parto de los despojos, y el medo en su enojo hizo saber que estaba dispuesto á incorporarse á los romanos con todas sus fuerzas para una nueva campaña. Pero Cleopatra impidió á su amante que contestara á este llamamiento de honor y lo arrastró á Alejandría.

A pesar de tan desastrosa retirada, que contrastaba tan lastimosamente con las victorias obtenidas aquel mismo año por su colega, Antonio envió á Roma mensajeros de victoria; pero Octavio tuvo buen cuidado de que se supiera la verdad, bien que en público hablara con elogio del ejército de Oriente, haciendo decretar en su honor fiestas y sacrificios. En los juegos que se celebraron el año siguiente por la muerte de Sexto Pompeyo, todavía quiso que el carro de Antonio apareciera con pompa triunfal, y en prueba de la *cordial inteligencia* que entre los dos existía, hizo colocar su estatua en el templo de la Concordia. Era sin duda el hombre que tenía siempre en los labios el proverbio: *Date prisa lentamente; y este otro: Llegarás bastante pronto, si al fin llegas.*

Octavia no entraba en estos cálculos egoístas; procuró al contrario arrancar á su esposo á la influencia fatal (2) que lo arrastraba á su perdición, y pidió permiso á su hermano para ir á reunirse con Antonio. Octavio cedió queriendo contemporar hasta el fin, ó acaso con la secreta esperanza de que una afrenta inferida á su hermana, le ofrecería un pretexto de guerra y despojaría á su rival de la poca popularidad que le quedaba. Antonio estaba entonces de

(1) De dos monedas del Gabinete de Francia.

(2) *Fatale monstrum*, ha dicho Horacio de Cleopatra (*Od. I, xxxvii, 22*).

vuelta en Siria, donde hacía los preparativos de una nueva expedición, dirigida al parecer contra los partos, pero en realidad contra el rey de Armenia. Allí supo que su esposa había llegado ya á Atenas, y como Octavio había previsto, le ordenó que no pasara adelante.

Octavia adivinó sin esfuerzo los motivos de una orden tan ofensiva; con todo eso, no le replicó, limitándose á preguntarle adónde quería que le enviara lo que ella misma hubiera querido llevarle: eran trajes de guerra para los soldados, gran número de bestias de carga, dinero, presentes para sus oficiales y amigos, y finalmente, dos mil hombres escogidos equipados tan galanamente como los de las cohortes pretorianas.

Las intrigas de Cleopatra, sus afectaciones y ardidés hicieron que se malograsen tan nobles propósitos y esfuerzos: fingió primero tristeza, y luego abandono y al fin odio á la vida, amor á la muerte, de tal modo que el ciego Antonio



Tolomeo Cesarión (1)

llegó á temer una resolución desesperada. Con esto, no se atrevió á romper sus cadenas; y ella, á fuer de astuta y precavida, todavía remachó sus hierros no dejándole hacer aquel año la expedición á la Media, no fuera que por este camino se le escapara (35).

A la vuelta de Octavia á Roma, le ordenó su hermano que abandonara la casa de su indigno esposo. La virtuosa dama se opuso á ello y continuó educando á sus hijos é hijastros sin hacer diferencia de ellos; y cuando llegaba á la ciudad algún amigo de Antonio, bien á solicitar un cargo, bien á hacer cualquiera otra gestión, lo recibía honorablemente en su casa y hacía valer en favor del pretendiente todo su valimiento con su hermano. Pero esta noble conducta iba contra su objeto, como quiera que el contraste de tanta virtud por una parte y tanta injusticia é indignidad por otra, aumentaba contra Antonio el odio público.

El año siguiente hizo éste una breve expedición á la Armenia. Delio le había precedido con pretexto de pedir para un hijo de Antonio y Cleopatra la mano de una hija del rey Artavasdes, pero en realidad para adormecer la vigilancia de este príncipe. Antonio penetró hasta Nicópolis, en la Armenia Menor, é invitó al rey á pasar á entenderse con él sobre la expedición contra los partos.

A pesar de todas las seguridades que al propósito le daba, Artavasdes hubo de temer alguna traición; con todo eso, cuando supo que el triunviro marchaba hacia Artaxata,

(1) De un bajo relieve del templo de Denderah.

creyó que podría conjurar la tempestad acudiendo á la invitación y pasó á ver á Antonio. Este lo cargó de cadenas de oro y lo arrastró á Alejandría, adonde Antonio entró en triunfo.

Todas las obras de arte que los procónsules habían dejado en Asia fueron á embellecer la nueva capital del Oriente, sin que se olvidaran por allá los doscientos mil volúmenes de la biblioteca de Pérgamo, que también pasaron á la de Alejandría.

Roma se dió por ofendida de este agravio á sus derechos; pero el triunviro había olvidado ya que era romano. A poco de esto, hizo erigir un tribunal de plata y en él dos tronos de oro, uno para sí y otro para Cleopatra. Luego la declaró reina de Egipto y de Chipre, asociándole á Cesarión, y dió el título de reyes á Alejandro y á Tolomeo, los dos hijos que había tenido de ella; al primero con la Media, la Armenia y el reino de los partos que consideraba ya como conquista suya; y al segundo con la Fenicia, la Siria y la Cilicia. Además señaló por dote á la hermana de estos príncipes, hija suya también y de Cleopatra, cuyo mismo nombre tenía, la Libia vecina de la Cirenaica; dote que debía aportar á su concertado matrimonio con el rey de la Mauritania Yuba II.

Como final de tan solemne fiesta, presentó después al pueblo á los dos príncipes, Alejandro con la túnica médica y la tiara; Tolomeo con el manto y la diadema de los sucesores de Alejandro.

Los nuevos reyes no se presentaron ya en público, sino escoltados por numerosa y galana guardia de macedonios ó asiáticos. El mismo Antonio dejó la toga romana por una túnica de púrpura, y se le vió, como los monarcas de Oriente, ceñido de diadema real, con su cetro de oro en la mano y su cimitarra al cinto; ó bien recorría con Cleopatra las calles de Alejandría, ora en traje de Osiris, ora vestido de Baco, coronado de guirnalda, calzado de coturno, y con el tirso en la mano.

Había hecho de los legionarios guardias y servidores de la reina, cuya cifra llevaban sus escudos; y en las monedas se veía el doble busto de Antonio y de Cleopatra. Menester era que la necesidad de un soberano fuera imperiosa para que este insensato encontrara cien mil hombres que quisieran combatir aún á fin de darle el imperio.

Un día, sin embargo, se acordó de Roma y tuvo la poca aprensión ó el sobrado cinismo de pedir al senado la confirmación de todos sus actos. Los cónsules en ejercicio entonces, Domicio Ahenobarbo y Sosio, con ser amigos suyos, no quisieron dar lectura de sus temerarios despachos.

Y mientras Antonio se deshonraba en Oriente ¿qué hacía Octavio? Ya lo hemos dicho: gobernaba; daba á Italia el reposo de que tenía hambre y sed. Para tener el derecho de hacer útiles innovaciones, Agripa por empeño de Octavio aceptó, caudillo tantas veces victorioso, y consular y todo, el modesto cargo de edil (33), y luego al punto emprendió inmensos trabajos: reparó los edificios públicos, los caminos y las fuentes. Algunos acueductos se habían hundido; él los reconstruyó, y aun hizo otro nuevo, el *Aqua Julia*. Obstruidos los albañales, habían venido á ser causa de insalubridad; él recorrió en una barca su arteria principal, y tomó eficaces disposiciones para su curso y limpieza. Abrió al público ciento sesenta establecimientos balnearios gratuitos y adornó el circo con delfines y señales de forma oval, que marcaban el número de las carreras (2).

(2) Era menester dar siete vueltas para ganar el premio de la carrera. A cada vuelta, se bajaba uno de los delfines y un huevo de los siete. Plinio dice de Roma á propósito de los albañales: *urbe pensili, subterque navigata* (XXXVI, 24).

Para acabar la reconciliación del pueblo con el triunviro, celebró juegos que duraron cincuenta y nueve días, y en el teatro, arrojó billetes, que se cambiaban por dinero, ropas y otros donativos para el pueblo. Ya antes de las fiestas había hecho distribuciones gratuitas de sal y de aceite, y abandonado en la plaza pública inmensa cantidad de géneros, que la agradecida multitud se repartía.

Aquel rudo soldado creía en la benéfica influencia del arte, y compraba cuadros para colocarlos en los sitios



Cleopatra Selene, hija de Antonio y de Cleopatra (1)



Yuba II, rey de Mauritania, esposo de Cleopatra Selene (1)

públicos; y en tiempo de Plinio, se conservaba de él un magnífico discurso sobre las ventajas que resultarían de sacar las obras de arte de su reserva en las quintas de los ricos para reunir las en exposiciones permanentes (2). La pirámide de Cestio es de aquella época.

Ni faltaba á aquel gobierno, preocupado del interés público, la gloria militar, pero lograda en expediciones necesarias. Si Octavio habló de una expedición á Bretaña fué para levantar los ánimos que las guerras de César, de Pompeyo y de Antonio á los extremos del mundo habían hecho insensibles á las empresas modestas; se proponía también, dejando cundir estos rumores belicosos, hacer valer un pretexto para conservar fuerzas considerables sobre las armas. Había comprendido ya que en vez de lanzarse á lejanas conquistas, debía Roma someter á los bárbaros situados á sus puertas; que era preciso dar seguridad á Italia y á la Grecia domando á los piratas del Adriático y á las tribus levantiscas é indóciles establecidas al Norte de las dos penínsulas.

Después de una momentánea aparición en Africa para consolidar allí su poder, llevó sus legiones contra los ilirios, proponiéndose alejar á sus soldados de Italia, donde se



Agripa



Cleopatra (3)

daban á la molición, y fortalecer su disciplina en una guerra extranjera, para tenerlos dispuestos, sin molestar al pueblo, á la lucha inevitable con Antonio.

Los yapodos, los liburnos y los dálmatas, quedaron fuera de combate, derrotados por las legiones de Octavio, el cual corrió aquí, sin embargo, un gran peligro. En el sitio

(1) Visconti, *Iconog. griega*, III, p. 55.

(2) Dion (XLIX, 43) menciona la disposición de Agripa, expulsando de Roma á los astrólogos y magos que la explotaban, y un senadoconsulto prohibiendo citar á un senador en justicia, *ἐπὶ ληροῦς*, por bandolerismo. Este pasaje ha dado margen á muchos comentarios. Yo creo que aquí hay que ver el principio de la reforma, iniciada por Octavio y acabada por Augusto, haciendo á los senadores justiciables sólo ante el mismo senado.

(3) Busto diademado, rodeado de una inscripción latina.

de una plaza fuerte, defendida desesperadamente por los yapodos, hubieron de huir un día sus tropas ante el empuje del enemigo. Entonces Octavio tomó un escudo y avanzó solo por el puente de madera que conducía á la muralla.

Al ver el inminente peligro que corría su general, avergonzados de su huida volvieron los soldados y se precipitaron en tanto número en el puente, que éste cedió y se vino abajo con todos ellos hiriendo gravemente á Octavio. Era una elocuente contestación á los que, durante la guerra civil, dudaron de su valor.

Los Alpes no dejan más que una puerta ampliamente abierta sobre la Italia del Norte, la que los Alpes Julianos defendían tan mal. Para guardarla bien, fué Octavio, montes allende, á establecer guarniciones en el valle del Save, donde tomó la plaza fuerte de Siscia, habiendo sometido parte de los panonios. En el valle de Aosta reprimió el bandolerismo de los salases, y si no los domó aún, dificultó sus correrías con la fundación de dos colonias que vinieron á ser *Augusta Taurinorum* (Turín) y *Augusta Pretoria* (Aosta). Finalmente, en Africa, habiendo muerto el último príncipe de la Mauritania cesariana, agregó sus posesiones á la provincia. Agripa y Mesala probaron otra vez más sus talentos en estas guerras (35-33).

II. - RUPTURA ENTRE OCTAVIO Y ANTONIO (32-30).

Así, pues, de los dos triunviros, el uno daba países romanos á una reina bárbara, y el otro aumentaba el territorio del imperio: aquél destinaba á Alejandría los tesoros, las obras maestras y las ventajas todas del Oriente; éste como en los buenos días de la república, adornaba el Foro con groseros mas gloriosos despojos y empleaba el botín de la guerra contra los dálmatas en fundar el pórtico de la *Biblioteca Octavia*.

Sin embargo, Antonio se quejaba todavía: el 1.º de enero del año 32, el cónsul Sosio reprochó en su nombre á Octavio haber desposeído á Sexto Pompeyo y no compartido con su colega las provincias del vencido, y de haber distribuido á sus soldados todas las tierras de Italia, sin reservar nada para las legiones de Oriente. Añadía que Antonio estaba dispuesto á devolver al pueblo los poderes que le habían sido confiados, si el otro triunviro le daba el ejemplo.

Estaba entonces Octavio ausente de Roma, y algunos días después se presentó en el senado acompañado de soldados y de amigos armados bajo sus togas.

A las acusaciones del cónsul, contestó satisfactoriamente diciendo que, habiéndose mostrado Lépido tan inepto como cruel, lo había reducido justamente á una condición privada; que si había agregado la Sicilia y el Africa á las provincias occidentales, Antonio se había adjudicado el Egipto; que fuera de esto, tenía Antonio con qué indemnizar á su ejército y á sí mismo con las brillantes conquistas que había hecho en Asia; pero que prefería prodigar á Cleopatra y á los hijos de esta reina los tesoros y las provincias de Roma, cuyo nombre deshonraba con su conducta y con su perfidia para con Sexto y Artavasdes (4).

Después de esta declaración que anunciaba el rompimiento de los dos triunviros, los dos cónsules amigos de Antonio salieron de Roma con muchos senadores y fueron á dar cuenta de lo ocurrido á su patrono. Estaba á la sazón en Armenia, á cuyos pueblos quería obligar á rescatar á su

(4) Plutarco, *Anton.* 55; Dion, L, 1, 3. También le echó en rostro enérgicamente haber reconocido á Cesarión por hijo de César y de haberlo declarado miembro de la familia Julia.